

La Dama del Ensueño

Mario Roso de Luna

Estudio de la fantasía humana bajo el doble aspecto de la realidad y el ensueño.

A «La Sibila de los Andes», a la gentil, principesca
e incógnita mujer que, con su ingenio peregrino,
ha dado ocasión para esta obrita.

I

LA SIBILA DE LOS ANDES

—¡No seas tonto! —me decía un gran psicólogo amigo mío, hace ya muchos días—. Por muy frívolas que parezcan las mujeres, pensando siempre en galas, coqueteos y nimiedades encaminadas todas a seducir al hombre, más frívolos y mentecatos resultamos nosotros, los del sexo *fuerte*, que, con nuestras pasiones insaciables, somos la causa primera de cuantos artilugios emplea la mujer para atraernos a sus redes amorosas. La mujer tiene más talento que el hombre, porque, aunque aparentemente razone menos, tiene más desarrollada la intuición, esa facultad angélica que, según Santo Tomás, hace que se conozca por concepto sintético y vivido, no por carromatesca marcha razonadora y analítica...

—Me permito dudarle, querido amigo —respondíle—. La mujer será más hermosa, pero nunca más sabia que nosotros. El vapor, la electricidad, la radiotelegrafía, la aviación y mil otros inventos pasmosos, a los hombres se deben, que no a las mujeres.

—O a las mujeres, que les trajeron al mundo; que les aguantaron sus mil impertinencias de superhombres; que les estimularon al trabajo; o bien a aquellas otras, contra las que al estrellarse tristemente sus grandes almas, los hicieron místicos; es decir, soñadores, inventores, hombres, en fin, de otro planeta.

—Luego tenemos siempre el «¿Quién es ella?», de Cicerón.

—Sí, ciertamente. Además, si la vanidad de la mujer, a *quien nosotros hemos modelado a nuestra imagen y semejanza*, está por fuera, es decir, en su físico y para agradarnos, el hombre tiene otra vanidad recíproca, cien veces más insoportable, porque es, además, egoísta: la de su talento. Moloch insaciable, que no tolera sino adulaciones y hasta sacrificios cruentos. Fíjate bien en lo que voy a decir, y observa si ello no está comprobado por la experiencia diaria. Los hombres te tolerarán que seas más guapo, mejor mozo, que recibas toda clase de preferencias significadas por parte del sexo opuesto; *pero jamás te tolerarán que tengas más talento que ellos*. Por eso todos los genios de la Historia han sido maltratados por sus semejantes, y algunos hasta inmolados cruelmente, para, al otro día, concederles honores casi divinos: Galileo, Beethoven, Cristo mismo...

Por este tenor la conversación prolongóse largo rato, sin que yo quedase convencido. Ha pasado mucho tiempo. Mi amigo ha muerto ya. Si viviese, yo volaría a su lado pidiéndole perdón por mi inflada vanidad masculina, porque lo que no pudieron en mí sus razones sabias, lo ha podido el *terrible* caso que os voy a relatar aunque él deje un tanto malparada la vanidad aquella... ¡Justo castigo, lógico karma de la tontuna mía!

Era por los años de 1915, y yo veraneaba en Asturias preparando los apuntes de mi *Tesoro de los lagos de Somiedo*, en los que hablaba de cierta divina xana, hermosísima supermujer, que, aunque de momento pareció seducirme, quedó vencida, ¡oh, eterna vanidad masculina!, por mi astucia y por mi virtud (?)..

Para tener en mi abono un testimonio femenino y de valía, consulté los apuntes del capítulo con una teósofa hermana, que, si en lo físico parecía ser casi mi hija, en lo moral era mi superiora, mi maestra, mi diosa Isis y el numen tutelar de mi hogar mismo. El mundo escéptico no compren-

derá, sin duda, cuán estrechos deberes de sinceridad y de respeto integral y recíproco exige la idea teosófica; pero ya lo irá comprendiendo poco a poco a fuerza de desengaños tan crueles como los de la Gran Guerra, en la que la fraternidad universal de la Humanidad sin distinción de razas, sexo, credo, casta o color, ha brillado... por su ausencia. Digo, pues, siguiendo mi verídico cuento, que la carta en cuestión fue un varapalo tal a las eternas pretensiones masculinas respecto a la honradez y la virtud, que, por no agravar más mi herida y la caída mía que después referiré, omitiría gustoso el consignarla aquí, si a ello no me obligasen mis deberes de cronista. Aquella mujer, la más guapa y más inteligente que en mi vida he visto, solía firmarse LA SIBILA DE LOS ANDES, y, en efecto, era toda una sibila. Su dichosa carta, que pudo ser mi perdición, decía:

«Mi fantástico hermano y amigo: Su *Tesoro de los lagos de Somiedo*, que acabo de leer de un tirón, sería, si se purgase de algunos defectos, una obra maestra sobre la Asturias tenebrosa, y un verdadero Quijote del Ocultismo. Todo en él me figuro que es verdad —aun lo que parezca más imaginativo—, todo en él es, además, sinceridad, nobleza y galanura, pero... hay una escenita que... ¡hablemos francamente!, no *cuela* como suele decirse. La de la *xana* del vestido de seda verdinegro...

No. La psicología masculina no es así. Los castos José hace tiempo que acabaron en el mundo, si es que alguna vez han existido... Usted no huyó de la *xana*, eso es pura vanidad por su parte. ¡Haría usted demasiado honor al sexo... tonto!».

Venga, si no, acá, mi amigo. ¿Qué esperanza, como decimos en mi bendita tierra, que va usted a huir aterrorizado de aquella irresistible hermosura, después de haber descubierto una mujer por todos conceptos superior a usted y a *sus saberes*, ni más ni menos que el valeroso caballero Don Quijote rechazó a la hermosa Altisidora? A otro perro con ese hueso.

Se tendría que poner en cruz, y no lo creería. Así que permítame que me sonría benévola de un ser como usted, tan veraz en todo y a la vez tan ingenuo, que ha querido hacernos pasar semejante *trola*, y otra vez no tenga tanta vanidad, que ya sabemos por acá cómo las gastan los de su sexo.

Para toda mujer de mi altura, de mi altura andina digo, todo hombre tiene de cristal el pecho, y más usted, a quien su sencillez le lleva hecho tanto daño en el mundo. Confiese, pues, la verdad y no se ponga tales moños, al menos con esta su sincera y fraternal amiga,

La Sibila de los Andes».

¿Cómo? —me dije así que hube leído la carta— ¿Conque se duda de la posibilidad siquiera de que un buen discípulo de las enseñanzas orientales pueda rechazar la tentación de una *xana* u ondina hermosa, de vestido de seda verdinegro, aunque sea junto a una poética fuente, en el más dulce de los anocheceres astures, siendo así que la tentación de la mujer, la seducción mágica de las eternas Kalayonis, Nysumbas, Herodías, Betsabés y Kundrys, el *amable* espectro, en fin, de la terrible diosa Kemni del Nilo, constituyó la condición indispensable para las iniciaciones egipcias y aun hoy mismo para la de ciertos monjes drusos del Líbano?...

Con esto advertiréis, lectores, que, echándomelas de *sprit fort* frente a la tentación emotiva, caía en esotro abismo aun peor, el del orgullo: aquel que me señalaba mi llorado amigo cuando me decía «los hombres no te tolerarán jamás el que tengas más talento que ellos». ¿Cómo tolerar sin protesta, yo, qué le tuviesen las mujeres, y más en concreto, la mujer-sibila de la carta aquella?

Y, para vengarme —¡oh ruín de ruines!—, perpetré un soneto, que, por lo pésimo y por haberme costado, sin embargo, no poco trabajo el producirlo, le consigno aquí, para escarmiento de incautos, y digo escarmiento, porque en

ese mundo de lo astral o lo emotivo donde, como en revuelto mar, se agitan las pasiones todas, pudo ser para mí algo de lo que para aquel pobre *gracioso* de *La Dolores* la famosísima copla de «si vas a Calatayud».

El soneto en cuestión decía así:

A LA GENIAL POETISA N. N. N.,
DÉCIMA MUSA ARGENTINA

Eres portento de hermosura y gracia;
versificas lo mismo que un *maruth*^[1];
maliciosa, disecas al cristiano
que entre tus garras halla el ataúd.

La catarata que tu pluma suelta
avasalla lo mismo que un alud;
tu mano, aristocrática y suave,
pulsar parece celestial laúd...

Astuta, serpentínea, minotáurica,
intuitiva, cruel, grande entre grandes,
tu raza es la felina casta isáurica
que obliga a ejecutar lo que tú mandes.

Por eso al admirar tu ciencia áurica
te proclamo ¡*Sibila de los Andes!*

Convengo, humildemente, con el lector, en que el soneto era pésimo; pero ¡oh *karma* cruel!, no merecía, no, el ejemplar castigo que por meterme a poetastro tuve de manos de la Sibila, quien, al leerle, nos había dicho tan sólo, con mirada de víbora herida, a mi mujer y a mí:

— Me vengaré... ¡Me vengaré cuando menos lo piense este mentecato ¡Lo juro por *la de Cumas!*

Nueva vanidad masculina... —¡Leoncitos a mí!— me dije, retornando a casa del brazo de mi sufrida y dulce com-

pañera que siempre fue mejor que yo, a pesar de no saber todavía a punto fijo si es teósofa.

Y pasó un año tan tranquilo, sin que el explosivo soneto resultase más ofensivo que una musaraña, y sin que mis olímpicos ensueños escritores tuvieran nada que lamentar, como podía temerse. Pero he aquí que un mal día recibí una misteriosa epístola firmada por *Atergatis*, la diosa lunar asiria, epístola que capítulo aparte merece.

II

VENGANZA FEMENINA

«Por la de Cumas» juró vengarse del soneto la *Sibila de los Andes*, y, a fe mía, que lo cumplió como quien era. En efecto, al ir cierta tarde, meses después, al Ateneo, me vi sorprendido hasta lo indecible con la *aterradora* carta que sigue:

«Mi admirado e inquietante amigo: Permítame que así le llame, pues aunque usted no me conoce, hace nueve años que es usted el amigo predilecto de mi alma y el gurú de mi mente; puesto que a la primera la despertó en su adolescencia y se hizo usted dueño y señor de ella, y a la segunda la ha desarrollado y pulido con sus obras magistrales y sus sugestivos artículos que repetidas veces he leído con el arrobamiento que una mujer lee las cartas de su amado, y otras veces con la mística devoción con que el discípulo oye la voz del maestro.

Soy de Chile; cuando tenía diez y ocho años, uno de mis familiares me llevó a oír las notables conferencias que dio usted allí, y desde esta fecha mi vida quedó unificada a la de usted con un lazo espiritual, que desde edades pretéritas debe unirnos kármicamente y por cuya influencia doy este paso, ya que ahora soy libre por *mi estado* y posición independiente. Mucho he luchado hasta poder venir a Europa con el fin de ofrecerle primero mi amistad y después mi cariño, si usted le quiere aceptar.

Por la gran fraternidad teosófica de allí le conozco a usted, y a su familia la conozco también. Sé que sus hijos

de usted son dignos de su nombre, y sé también las bellas prendas que adornan a la compañera de su vida, ¡a la cual envidio!; por ellos, por usted y por mí misma, no es una aventura frívola y grosera lo que yo le ofrezco; lo que yo ansío es verle, oírle, cambiar con usted un beso tan puro y tan dulce como los que Julieta daba a su bien amado, y eso... no debe usted negármelo. Si en esa entrevista mostrásemos exceso de pasión y falta de fuerza moral, sería que nuestro karma así lo tiene dispuesto, y cuando regrese a mi patria viviré soñando con el único hombre alma gemela a la mía, a quien amo con la salvaje pasión de las mujeres de mi raza.

Por todo lo expuesto creo que conocerá usted mi inteligencia, mi alma y mi apasionada naturaleza; de mi semblante sólo le digo, a guisa de retrato, que los hombres me codician y las mujeres me envidian...

Perdóneme que hasta que nos veamos use un pseudónimo; mi verdadero nombre quiero decírselo yo al oírlo con el acento dulce y mimoso de mi amado país. En sus años mozos, descubrió el astro errante que lleva su nombre; no soy ningún peregrino celeste, pero sí soy una mujer que porque usted la estudie ha hecho los mayores dislates por venir a pasar una temporada en España. Llevo aquí cerca de mes y medio, he roto varias cartas escritas para usted, pero ya me decido y le envío ésta, suplicándole una rápida y aprobativa respuesta.

Atergatis».

Firme como una roca; inmovible, a lo que pensé al menos, como fría estatua de mármol, e inocente de lo que contra mí se tramaba, contesté en el acto a mi bella desconocida, dirigiendo la carta a la Lista de Correos, como en su postdata me decía.

«¡Hermana admirada mía!

Gracias mil por su bondad y su lealtad, que creo haber llegado a comprender, fruto, sin duda de su intuitivo talento...

¿Qué decirle, pues, por escrito? Nada que no esté dispuesto a decirle de palabra, si me honra concurriendo al café Suizo (reservado de señoras) el próximo lunes, a las siete de la noche, donde le reiterará su admiración y sincero respeto su seguro servidor, etcétera.

P. S. Dígnese poner sobre la mesa el adjunto impreso para reconocerla».

A tan naturalísima carta mía, mi bella desconocida *Atergatis* replicó como sigue:

«Mi querido amigo: Gracias por su carta que, aunque no era esa la respuesta que mi corazón anhelaba, me ha hecho muy feliz, pues veo que me tiene un afecto compasivo y ese es el sendero más seguro para que llegue usted a sentir por mí otro sentimiento más dulce, más tierno (aunque no tan grande como el que yo le profeso) y algo más humano, al ver mi constancia; por lo tanto, no pierdo la esperanza de que algún día brote en su alma un amor menos fraternal del que hoy le inspiro.

Temo haberle asustado con las vehementes frases de mi anterior misiva. ¡Quizá me ha juzgado por una diablesa, o por una *lady Macbeth*, o por una excéntrica que pasea su esnobismo por Europa! No soy ninguna de las tres cosas. Soy tan sólo una mujer que siente por usted admiración e idolatría y que tengo, como todos los humanos, un poco de Dios, otro poco del diablo, mucha impetuosidad y un alma apasionada y soñadora.

Y ya no quiero ocultarle más mi nombre. Soy Isabel Linares Montes, y pronto hará dos años que soy la viuda de Basabilbaso. Estoy aquí en una casa de viajeros, con mi madre, mi hermana Asunción y mi cuñado, Mariano Samudio, y una chiquitina hija de ambos y mía de pila, a la que puse el nombre María Rosa. ¿No le dice nada ese rasgo de mi carácter?

Para Junio pensamos regresar a América, donde precisa estemos por nuestros negocios. Antes de irme hablaremos y le diré adiós, quizá... para siempre. Entretanto, nos escribiremos y con ello yo saldré ganando, pues sus

cartas serán mi libro de oraciones; pero yo le ruego que me trate con ternura y con llaneza; pues ya que otra cosa no quiere concederme, con eso me conformo.

Perdone no acuda a la cita del lunes por varias razones, siendo una de ellas lo poco a propósito del sitio, pues yo me conozco y sé lo que me ha de emocionar y conmover su presencia, por lo que no quiero hacer el ridículo ante personas extrañas que siempre abundan en un café. Busque otro lugar donde estemos solos y no tema que yo le prepare esa emboscada para arrancarle la capa como al casto José. Así, aunque me vea conmovida y llorosa por mi poca fortuna, nadie tomará a chacota mi pena.

No le hago venir al hotel donde me hospedo, por mi familia. Le escribo desde la cama a causa de un fuerte resfrío que sufro por lo vario e inclemente que es el clima de esta Península. Dígame por escrito lo que piensa y lo que le inspira su devotísima y desventurada,

Isabel».

Aquí, donde nadie nos oye, lector, te confieso que aquella segunda carta era ya demasiado para mis débiles fuerzas. En mi cálida imaginación meridional y pecadora, comenzaba ya a dibujarse ese modelo ideal de mujer, con la que todos hemos ensoñado una vez por lo menos en la vida.

Sí, yo empezaba ya a ver, con esas dulces insinuaciones que preceden siempre a las más estrepitosas caídas, dibujarse la silueta adorable y seductora de aquella Isabel o *Isis*, *la hermosa*, como en sueño de adolescente; pero al mismo tiempo veía también insinuarse el plano inclinado de aquellas caídas, hacia el abismo de un pavoroso conflicto doméstico, como le viera poéticamente en el pasaje de maras de la *xana astur*...

Pero si hay ángeles de perdición con figura de irresistible mujer, también debe haber Ángeles Custodios, según la piadosa tradición del Cristianismo, y digo esto, porque

yo, pobre mortal de carne y hueso, hubiera acabado cayendo como tantos otros, a no ser porque, repasando lo que yo mismo había escrito allí, y sin pensar poco ni mucho en la sibila andina y en su juramento, tuve una luminosa idea. —Yo soy ya viejo —me dije— y no puedo enamorar a nadie; el caso de D. Antonio Cánovas del Castillo es único. Esto no puede, pues, ser serio; ¡se trata simplemente de una broma, cuando no de una encerrona con todas las de la ley, encerrona de esas que suelen pagarse en pesetas y en disgustos!

Y destacué mi policía particular, la cual averiguó solícita, al tercer día, que ninguna mujer, ni familia de tales señas había pisado Madrid, ni pasado por los registros de Seguridad ni de extranjeros. ¿Quién podría ser, pues, el desahogado o desahogada que de tal manera pretendía jugar con mi buena fe, con broma tan peligrosa?

—¡*La Sibila de los Andes!* —me dije en súbito momento de inspiración, y tomando el sombrero en el acto, me fui a su palacio y la conté ingenuamente lo que pasaba.

—¡Venciste, Galileo! —me dijo ésta imitando al gran Juliano, el mal llamado apóstata, así que me vio—. Es decir —añadió—, no venció usted, puesto que ni en sueños debió ponerse en *pourparleures* con la Dama, pues era tanto como pisar al borde del precipicio. Sin el tutor o rodrigón de la averiguación policíaca, en efecto, no sabemos adónde hubiera usted llegado pendiente abajo, hasta el día del desengaño, que habría sido cruel, según se le preparaba ya. Pero, en fin, como no se ha mostrado usted mal muchacho del todo, que digamos, quiero premiarle entregándole este paquetito de misivas, todas nobilísimas, admirables y honradas, con las que otros tales como usted han respondido también a mi reclamo. Se las entrego para que usted, sin comentarios, o con comentarios breves, las publique inmediatamente en honor de una raza, como esta calumniada raza española, la eterna raza de los Quijotes, capaces, una y mil veces, como el hidalgo manchego, o el célebre

caballero Godofredo de Rurel, de enamorarse, *de oídas tan solo*, de una dama a quien en su vida han visto.

—Hágame pronto y bien —acabó diciéndome *La Sibila* — un libro honrado, un libro sincero, donde resplandezcan a la faz del mundo estas virtudes de una raza excelsa, que es la madre de la mía; una raza que en estos miserables tiempos de positivismo produce gente tan inocente, pura e idealista, como la de la casi totalidad de los firmantes estos, sobre todo de los tres que le señalo con la nota de «los tres premios del concurso», pues cosa mejor no se escribe, demostrándose con ello una vez más lo que la realidad excede a todo cuanto de mejor puede concebir la fantasía.

He aquí, pues, lector, la razón de este librito en cuya primera página habría que estampar el *Onni soit qui mal y pense* de la excelsa Orden caballerescas de la Jarretiera, curándose en salud, además, contra la picadura de víboras disfrazadas de malos críticos, con aquella otra frase evangélica de Jesús a la mujer adúltera: «¡Quien esté libre de pecado, que tire la primera piedra!».

Comienzo, pues, mi misión, como se verá en el siguiente epígrafe, no sin antes copiar los inimitables párrafos de la parte primera, capítulo IV, del *Quijote*, que vienen aquí como anillo al dedo, para pintar mi admiración por *La Sibila de los Andes*, tapada, cuyo isíaco velo sólo se hace transparente un punto, tras las correspondientes misivas de sus caballerescos adoradores, aquellos que la amaron de oídas y que seguramente no habrán de verla nunca en este bajo mundo; pero sobre cuyas cualidades físicas, intelectuales y morales, adivinables a través del velo de aquellas misivas, estoy dispuesto a reñir batalla con todos los mercaderes, los mercaderes de Toledo, acerca de los que el libro inmortal, dice, como sabe todo el mundo:

«... habiendo andado como dos millas, descubrió Don Quijote un gran tropel de gente, que, como